

HISTORIAS QUE HE VIVIDO Y PRESENCIADO -II

Mary Luz Tejerina Canal-2007

La Escuela y el Esla

En aquel dichoso tiempo de mi niñez, Las Salas rebosaba de alegría, esperanza y amor. Se lo daban tantas vidas inocentes en la aurora de su existir, que crecían en un ambiente puro e incontaminado, con una libertad dada por la misma naturaleza, radiante desde las alturas del intenso azul del cielo y la esbelta Peña de las Pintas y los montes llenos de vegetación y el joven Esla de aguas rientes y cristalinas.

El río Esla de entonces, que no volveremos a ver, nos proporcionaba uno de los mejores medios de ejercitar nuestra libertad, moviéndonos dentro de él a nuestras anchas, quedando de paso limpios sin gastar jabón, divirtiéndonos a más no poder sin molestar ni ser molestados... Una de las delicias mayores que he vivido.

Nadie discutía las zonas de baño propias de cada grupo:

- Las niñas pequeñas nos bañábamos en la desembocadura del Reguero. Este familiar arroyuelo traía sus abundantes aguas de la fuente de Valdelasna, de las de Valdesalamón, Venticueva y las laderas de Las Llombas y La Cota, que formaban en el Esla un pequeño pozo a la medida de tales bañistas: no corríamos ni el menor riesgo.

Recuerdo que a los cinco años ya nadaba como un pez por debajo del agua, y pronto lo hice como una rana, logrando sacar la cabeza por encima. Las mayorcitas enseñaban a las que las seguían. Benilde, Clari, Gracia... fueron mis entrenadoras.

Cuando se despertaba nuestro apetito, íbamos a las riquísimas cerezas que allí, en La Huera, tenía tío Sidro, el padre de Alicia, y nos hartábamos de ellas.

Una tarde, se me antojó a mí subirme a la cerezal -era altísima-.

--- No, Luz, tú no te puedes subir, que eres muy pequeña, y si viene tío Sidro, no te podremos bajar... -Me decía Benilde-.

--- Que sí, que sí. ¡Quiero subir! “¡Auparme!”

Me auparon dos desde abajo y otra, desde la primera rama, me dio la mano, y estuve en la cerezal. No había logrado coger ni una sola cereza, cuando Lidia, que era como una ardilla y estaba en la punta, gritó alarmada:

--- ¡Tío Sidro! ¡Que viene tío Sidro! ¡Que viene tío Sidroo!

En un abrir y cerrar de ojos, se bajaron todas del árbol y se metieron hasta el medio del río. Yo me quedé sentada en la rama bajera. Miré, y vi venir al tío Sidro corriendo y blandiendo amenazante su porraca... Me puse a llorar como una Magdalena.

Llegó tío Sidro enfadadísimo, y, mirando la cantidad de ramitas cargadas de cerezas que había sobre la hierba, vociferaba levantando su cachaba:

--- ¡Estas rapazas! ¡Estas rapazas me las van a pagar!

Pero, viéndome llorar, se compadeció, y me dijo:

--- ¡Pobrecita! ¿A ti te dejaron sola? No llores, que te bajo yo... Agárrate fuerte a mi porraca ... ¡Así!... ¡Ya estás abajo! Ahora, todas estas cerezas las coges tú.

Cuando, muy contenta, me reuní a medio río con mis atónitas compañeras, que no se habían podido imaginar tamaña generosidad en el imponente tío Sidro, dijeron:

--- ¡Qué suerte tuviste! Comamos las cerezas entre todas, que entre todas las cogimos.

Tantos años después, debo reconocer la sabiduría de la gran pedagoga María Montessori: “Como mejor aprenden los niños, es jugando”. Es patente lo bien que nos ayudábamos y la recta justicia en el compartir... Repito que son hechos vividos, y no invento nada.

- * Los chicos pequeños se bañaban debajo del puente.
- * Las mozas, y las chicas que desde sus 15 años ya no iban a la escuela, en Las Lagunicas.
- * Los mozos, en El Escubiello. Con sus ocho a diez metros de profundidad, 14 chapuzaban, y pescaban en las abundantes “calas” hermosas truchas.

Recalco que éramos muchos: La escuela, unitaria, se llenaba de chicas y chicos de 6 a 14 años, alcanzando el número de cuarenta, y hasta más.

Mi primer maestro fue don Rafael, en el curso escolar 1935 - 1936 (porque ya sabía leer me admitió a los 5 años). Era todo un señor, muy respetable y bien vestido, que vivía con su esposa en la escuela. Ella tenía un gracioso acento andaluz y nos deleitaba cada día llamando suavemente a la puerta del salón de clase para avisar:

— “¡Rafaé, son las doce!”.

Me llamaba mucho la atención el paseo diario que se daban cogidos del brazo en los apacibles atardeceres. Eso de ir del brazo con su marido, solamente lo hacían la señora maestra y mi tía Maximina con tío Cayetano, que venían unos días por el verano. Me parecía una señal de alta distinción social.

De aquellos meses, apenas guardo más recuerdo que el de unas elecciones muy importantes, en las que los electores ponían gran interés, hablando mucho de política. Unos querían más a Calvo Sotelo y otros a Gil Robles. Todos, de las derechas; menos tres y el señor maestro, que votaron a las izquierdas. Decían libremente sus ideas sin disimularlas. Hasta me enteraba yo con seis años recién cumplidos... Ahora sé que se celebraron en febrero de 1936.

Para nosotros los chiquillos, aquel día fue memorable: Uncieron las vacas para llevar en el carro a tía María, y algún otro que no podía andar, y marcharon a votar al Ayuntamiento de Salamón, quedando el pueblo con sólo quienes no alcanzábamos los 21 años. Los de tío Gerardo comieron en mi casa lo que nuestras madres habían preparado, mejor que lo ordinario, cosa que se hacía en las grandes fiestas del año, y así lo celebramos muy bien.

Regresaron por la tarde contentos, pensando que ganaban las derechas. Cuando después proclamaron el triunfo de las izquierdas, decían indignados, que habían hecho trampa...

Aunque nuestro vivir continuó lo mismo; sí comenzaron algunos sobresaltos: Pasaban, de vez en cuando, camiones llenos de milicianos o mineros, que, con camisetas rojas y el puño en alto, gritaban al cruzar por el pueblo:

— “¡Viva Rusia! ¡Muera Cristo Rey!”

Nosotros les contestábamos gritando con todas nuestras fuerzas:

— “¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!”

Con esto quedábamos contentos, y continuábamos nuestros incesantes juegos. Oí que eran los rojos de las minas de Asturias y de Sabero.

Pero pronto, un día -lo recuerdo como si fuera ahora- llegó a casa mi hermano Máximo blanco como una pared, de puro pánico, y se echó en los brazos de mi madre... Ella asustada le preguntó:

— Pero ¿qué te pasa? ¿Qué tienes, hijo mío? ¿Es que te pega alguien?

No podía hablar. Mi madre abrazándole, se esforzaba en serenarle con besos y caricias. Por fin logró articular unas palabras:

— Los rojos... nos tiraron... tiros...

— ¿Cómo que os tiraron tiros? ¿A quién tiraban?

— A nosotros... a los chicos... Corrimos por la cuesta arriba... y... no nos dieron...

— ¿Pero qué le hicisteis vosotros?

- Gritaron viva Rusia... y nosotros, viva España... “Na” más hicimos...
- Pues... ¡no volváis a contestarles más!

2.- Día de los Reyes

También era esperado el 6 de enero, “los Reyes”, como fecha extraordinaria de ilusión desbordante. Muchas semanas llevábamos los niños imaginando las cosas que pediríamos a los Reyes Magos, hasta que por fin llegaba la hora de escribirles. Lo hacía cada cual desde que ya sabía escribir, y, antes, suplían a los peques los hermanos mayores. Como creíamos que los Magos venían del cielo, comenzando su recorrido terrestre por el Oriente, pensábamos que, cuanto quisiéramos, ellos nos lo podían traer... si nos portábamos bien.

— ¡Mira que si no eres buena, los Reyes no te traerán nada! –Oía repetir-.

La primera encantadora noche de Reyes que recuerdo, fue la de 1934: Mi hermano Eugenio -me sacaba cinco años- creía firmemente en ellos, y a eso de las cuatro, vino emocionadísimo, pero con gran sigilo –poniendo su índice sobre los labios para que no habláramos y lo oyeran nuestros padres-, nos despertó a los pequeños, y, una vez en la “habitación de tío Juan” -así llamábamos todavía a la que está sobre el portal-, nos dijo por lo bajo:

— ¡Ya vinieron los Reyes! ¡Mirar cuántas cosas nos trajeron!

Inmediatamente nos abalanzamos para ver cada uno la propia zapatilla, puesta por dentro de la ventana; pero él nos dijo dominante:

— ¡Antes son los Reyes, que lo que nos traen!!! ¡Mirar! ¡Mirar por la ventana! ¿No veis las pisadas que dejaron los camellos en el “tejao” del hórreo? Se ve claro que vinieron volando y se posaron en el alto del hórreo... Esas pisadas tan hondas que hicieron en tanta nieve que cayó anoche, no pudieron hacerlas más que los camellos de los Reyes...

— Loz gatoz zon loz únicoz que andan por loz “tejaoz”. Zería un gato. –Dijo Máximo en su gracioso lenguaje con la “z”, y muy observador ya, con sus siete abriles-.

— Es imposible que los gatos hagan esos hoyos con sus patas tan pequeñas... ¿No os fijáis en lo separadas que están esas pisadas y lo grandes que son?

— ¡Sí, sí, ya las veo! ¡Las patas de los camellos se posaron encima del hórreo! –Aseguró Dacio convencido-.

Eugenio, muy ufano con su increíble, pero evidente descubrimiento, me aupó a mí a la ventana, y vi muy bien las misteriosas pisadas sobre el tejado del hórreo de tía Rosario, un poquito más bajo que nuestro punto de mira. Aquel hermoso hórreo ocupaba desde la presa hasta el camino hacia las eras que va por delante de “la casa vieja”. La presa llevaba las abundantes aguas de la fuente. Y, saltándola, estaba el hórreo de tío Isaías. ¡Lástima que hayan desaparecido!

A todo esto, se despertaron mis padres y llegó Domnina:

— ¡Ay Dios mío! ¡Qué pronto os levantáis Hoy! ¿Se puede saber qué pasa?

— ¡Madre! ¡Madre! ¡Mire cuántas cosas nos trajeron los Reyes! ¡Sí, fuimos buenos!

— Y, además, ¡se posaron en el hórreo! Mire las pisadas de los camellos y lo que nevó. Si nos hubieran dejado dormir aquí, los habríamos visto.

Corrimos con nuestros regalos a llenarle la cama a mi padre, que, coreado por mi madre, exclamaba incrédulo una y otra vez, tan contento como nosotros:

— ¡Imposible que hayan venido tan pronto los Reyes con esta nevada!

— Sí, sí, vinieron ya. Mire, mire lo que me trajeron a mí...

— ¿Pero dónde encontrarían los Reyes un vestido tan lindo? ¡Qué guapa estarás!

— Lo estrenarás hoy. Te llevaremos a misa. Verás qué guapos estaremos todos. Hasta el señor cura se pone el manteo nuevo. —Concluyó mi madre.

Y efectivamente, me llevaron a misa. La de Reyes en Las Salas era un verdadero acontecimiento:

20

Las mozas tapizaban la víspera un sillón, cubriéndolo con blanca colcha y mullidos almohadones, lo adornaban con flores... Era parecido a la “silla gestatoria” de los Papas, aunque más humilde: casera. Y ese llamativo sillón aparecía en el presbiterio de la iglesia para la solemnísimas Eucaristía, a la que asistía todo quisque con sus mejores galas. Los chiquillos lucíamos con gran contento lo que nos habían traído los Reyes, que no eran juguetes -ni los necesitábamos, porque nuestros juegos eran mejores-, simplemente nos traían cosas buenas.

Y fuimos a la iglesia por las veredas recién espaladas por los hombres. Hacían anchas las de la carretera, de forma que se pudiera caminar en pareja; estrechas, las demás.

Encantadoras y poéticas en altísimo grado, regalos celestiales que vestían de blanco inmaculado cuanto a los ojos se ofrecía en ambiente purísimo, eran las grandes nevadas de aquellos años... ¡Cómo las disfrutábamos! ¡Qué contentos respondíamos a la gozosa llamada de las campanas, repicando con la armonía que sabía darle aquel maestro en tocarlas! Gracias a Dios, su hijo Doro heredó un arte que acerca, en parte, a tan finas melodías. Las campanas nos preparaban para adorar y dar a Dios las debidas alabanzas:

Después de haber cantado “la misa solfeada” -con el espléndido “incarnatus” de tío Melchor- y de adorar todos al niño Jesús, dado a besar por el celebrante al final entre alegres villancicos, se adelantaban dos fornidos mozos y levantaban en hombros al señor cura, que se había sentado en el precioso sillón con su impecable manteo de las grandes fiestas. Todos los hombres, desde los dieciocho cumplidos, le seguían como guardia de honor hasta su casa, donde entraban, y eran obsequiados con el aguinaldo, diligentemente preparado por la señora María. Bebían, comían lo ofrecido, se daban parabienes con don Miguel, y se despedían.

Pero entonces, era el alcalde quien se sentaba en el mismo sillón y recibía el homenaje de ser llevado en hombros a su casa. Pienso que sería alcalde el venerable tío Francisco, tan respetado como después su hijo Marcos. Allí, él convidaba, y los vecinos se dispersaban, mientras los mozos continuaban casa por casa pidiendo los aguinados, cantando al son del tambor y las castañuelas. Muy alegres, además, con los buenos tragos que les ofrecían las amas de casa, amabilísimas para con ellos. Iban guiados por el “mayordomo” de turno.

Había también “mayordoma” entre las mozas. Esos cargos duraban para ellas y ellos un año. Ostentaban un mando entre los jóvenes, que implicaban responsabilidades muy estimadas, si sabían cumplirlas bien, cosa no tan fácil, porque “los mozos” gozaban de muchas prerrogativas.

Los niños nos apresurábamos a ir a casa de nuestros padrinos por el aguinaldo. Había padrinos rumbosos, padrinos tacaños, y hasta quien no los tenía en el pueblo... y se quedaba sin esos regalos; pero, para consuelo, había muchos familiares que nos daban aguinados. Mi padrino tío Gerardo -a quien con gran acierto apodaban “el Marqués de Las Pintas”- era a mi parecer el más generoso del mundo, y estaba orgullosa de él. Me lo envidiaban no pocos.

La corona a los aguinados infantiles, nos la ponían don Miguel y la señora María: Ella preparaba las más ricas castañas cocidas que recuerdo. Debía tener un secreto para hervirlas, y escogerlas con mucho cuidado, porque nos sabían a gloria, y eso, después de tantos dulces disfrutados en el día... Al salir del rosario -hacia las tres y media de la tarde- toda la chiquillería iba con gusto a la portalada del señor cura. Salía don Miguel de casa contento y festivo, nos poníamos en fila con mucho orden, y él cogía cuantas castañas calentitas le cabían en las dos manos y esas daba a cada uno. Como no cabían en las nuestras y sabíamos

de su generosidad, llevábamos en qué recibirlas, le dábamos las gracias, y teníamos sabrosas castañas para terminar felizmente nuestro incomparable día de Reyes.

3.- Los Santos inocentes y el día de Antruido

Aunque no fueran fiestas propiamente, estos días eran muy notables, de gran diversión para los pequeños. Diversión en la que participaban los mayores complacidos, sobre todo, los jóvenes.

El día de los inocentes nuestro afán se cifraba en dar muchas inocentadas. Nos mostrábamos ufanos por ellas, y rivalizábamos en número e ingenio. Todo lo que ese día se pedía prestado, se pagaba, después de tenerlo a buen recaudo, con esta respuesta:

— ¡Que los Santos inocentes te lo paguen!

Y se ponían los pies en polvorosa, porque, si te atrapaban y te lo quitaban entonces mismo, ya no valía el “inocente engaño”.

La inocentada más célebre que recuerdo, se la dio Agustín a mi madre:

Era en 1936 o lo más en el 37. Durante la cena de Nochebuena se lamentaron las madres de no tener café. Tía María, ni un grano siquiera, y Domnina, sólo dos “puños”, que guardaba “como oro en paño” para una necesidad. Dijeron las dos solemnemente:

— Así que despediros del café. Ya no podemos tomar otra cosa que achicoria.

Acabábamos de comer en mi casa aquel 28 de diciembre, cuando se presenta Agustín muy formal:

— Tía, me manda mi madre a ver si nos da ese café que le queda...

— ¿El café que me queda? –Interrumpió Donina con firmeza- Ya dije bien claro, que es para una necesidad y no lo daré a nadie, ni siquiera a tu madre. ¡Que ya es decir!

— Sí, tía, ya lo sabemos bien. Pues precisamente vengo a pedírselo por una necesidad urgente: Mire, han llegado en un coche tío Cayetano y un comandante del ejército, ya están comiendo en mi casa, y mi madre no tiene nada de café. ¡Cómo no les va a hacer café! Y dijo que vaya tío Santiago a tomar el café con ellos.

— ¡Ah! Si vino tío Cayetano con ese señor, tienen que tomar café. Mucho siento quedarme sin nada, pero ¡qué le vamos a hacer! ¡Más se está perdiendo en la guerra! Mira, te doy todo lo que tengo con bote y todo.

— ¡Gracias, tía! Voy a llevárselo a mi madre. Tío, venga pronto, que tienen bastante prisa y le quieren ver.

Cuando el pillo de Agustín llegó a la puerta de fuera, gritó jubiloso:

— ¡Tía! ¡Que los Santos inocentes se lo paguen!

— ¡Arrestrillao!!! ¿Será posible que me dejes sin café? ¡No lo consiento!!! –Y salió corriendo a quitárselo... Volvió muy acalorada exclamando:

— ¿Quién alcanza a un galgo? ¡Me las pagará! ¡Vamos! ¡que dejarme sin café!!!

— Pues me voy a tomar el café. –Dijo mi padre, riendo a carcajadas, poniéndose en pie, boina en mano, para salir hecho unas pascuas-

— ¡No seréis capaces de tomároslo! ¡Dejarme sin nada de café por una inocentada!!! Y se dejó caer sentada sobre su taburete riéndose, contagiada, al fin, por nuestra algazara.

Naturalmente, les prestó muchísimo aquel inocente café más rico que nunca.

Por LOS CARNAVALES, lo pasábamos mucho mejor todavía. El “Domingo gordo” comenzaban los disfraces poniéndonos cuanto encontrábamos en los cestos de ropa vieja. Nos hacía reír el estar feas, desconocidas y estrambóticas; cuanto más, mayor jerga se armaba... Así recorríamos el pueblo en pandillas haciendo gansadas, que a todos divertían. Si mal no recuerdo, hasta el señor cura hacía la vista gorda para las niñas. Que se disfrazaran las mozas, no le parecía bien, y no debían salir así por la calle.

A los chicos no les daba tiempo a disfrazarse: andaban entusiasmadísimos levantando su choza en el alto de la Siana, justo por encima de la casa de Manuela y Pepín, y querían

22

sacarla mayor que nunca. Era parecida a un olmo que tuviera sus ramas bajas a ras de tierra. Clavaban primero en forma de pirámide ramas muy altas unidas en la cúspide, y después se afanaban subiendo ramascos y leña hasta llenarla. Todos seguíamos desde el pueblo los avatares de su construcción, porque los muchachos trabajaban con todas sus fuerzas de forma increíble.

El día de Antruido, martes de carnaval, como una especie de despedida jubilosa para comenzar después la seriedad de la Cuaresma, era de reunión familiar grande, y nos juntábamos para comida y cena lo mismo que el “día del gocho”, -el de la matanza-. Reinaba una alegría sana y contagiosa en el pueblo, porque aquellas comidas familiares se preparaban con gran esmero y estima por parte de grandes y chicos.

Recuerdo que después de la Guerra, cuando vino lo del racionamiento y la gran carestía, mi madre y tía María se pusieron de acuerdo para eliminar lo de juntarnos por carnaval. Nos comunicaron que no se podía gastar tanto, porque había poco. Por más que suplicamos y propusimos maneras de arreglarlo, no las convencimos, y... quien manda, manda. ¡Paciencia! Consternada se sentía toda la primada...

Llegó el día de Antruido... y nada nos prestaba. Pero cerca de la hora de comer, llegó la noticia hasta Gerardo y Santiago. Al punto, se reunieron los dos y fueron a casa:

— ¿Dónde nos juntamos hoy?

— No nos vamos a juntar, que no están los tiempos para gastos.

— Bueno, bueno, las mujeres podéis disponer lo que os parezca; pero nosotros dos toda la vida comimos juntos el día de Antruido, y juntos comeremos hoy. Si vosotras no queréis, iremos a casa de tío Benito Allá Bajo. —Y salieron decididos sin más explicaciones.

— ¡Benilde! Vete corriendo y dile a tía Donina que juntaremos los pucheros, y comeremos todos aquí, que tu padre y tío Santiago se quieren ir Allá Bajo.

— ¡Ay, madre! ¡Qué bien! Voy volando.

— Y tú, Jesús, corre a decir a padre y tío Santiago, que vuelvan, que comeremos en nuestra casa. ¡Date prisa! ¡Que los alcances antes de salir del pueblo!

Aquello fue una gozada: Los dos hermanos estaban rebosantes de satisfacción, toda la plebe estallaba de alegría, y las dos matronas gozaban viéndonos y por la muestra de cariño entrañable que unía a sus familias. La comida de cada día -con algún añadido- resultó deliciosa e inigualable.

Pienso ahora, que fue algo así como el triunfo de la democracia -los hijos éramos el pueblo- uniéndose con la monarquía -los padres- por obra del amor, lo más valioso en esta vida y en la eterna.

Y al terminar la cena, ya los chicos llegaban a la Siana y encendían la gran choza. El pueblo entero salía a contemplar la enorme fogarata, que lo iluminaba dándole una vistosidad fantástica. Los rapaces danzaban alrededor del bellissimo fuego. Cuando pasaban entre él y los que desde abajo mirábamos, parecían diablejos juguetones, si estaban a los lados, los reconocíamos y gritábamos:

— ¡Mira!: ¡Melchor. ¡Eutimio! ¡Benito! ¡Doro! ¡Gaspar! ¡Eulogio! ¡Luis! ¡Baltasar!... Y ellos daban grandes voces que hacían eco en la Peña del Castro:

— ¡Antruido fuera! ¡Pascua venga! ¡Antruido fuera! ¡Pascua venga!

EL VERANO

1.- Plenitud de vida

Si la primavera nos hacía revivir, en el verano alcanzábamos una plenitud de actividad y movimiento que nos volvían felices: Libres y a nuestras anchas, disfrutábamos de la bellísima naturaleza, pura e incontaminada, sin tener que estar encerrados en las casas o en la escuela.

No era el desentendernos de nuestra familia y sus quehaceres; sino que había llegado el tiempo de las cosechas y se cumplía para nuestros padres lo que dice el Salmo:

*“Los que sembraban con lágrimas,
cosechan entre cantares.”*

Y ¿quién mejor que los pequeños participan de las alegrías de sus mayores?

Recuerdo de modo especialísimo el verano de 1939, y para dar una idea de los veranos de entonces en nuestro sin par pueblín, contaré algo.

2.- La yerba

Como felizmente había terminado la Guerra Civil a primeros de abril, cuando en junio comienzan las faenas de “*la yerba*”, rebosaba el ambiente de alegría con la presencia de “*los mozos*”, que faltaron los tres años anteriores, y habían vuelto victoriosos, gracias a Dios y a la Virgen de Roblo. ¡Todos sanos y salvos! Parecía un milagro

Para colmo, en las casas de Gerardo y Santiago Tejerina había gran novedad: Estaban con nosotros tía Pura y sus hijos, venidos de Valencia, donde aquel año había muerto tío Doroteo, capitán del ejército, que estuvo escondido en el desván de su propia casa los tres años de la Guerra sin que lo supieran sus propios niños, ya que los rojos lo buscaban para matarlo y les hacían continuos registros. Siendo ellos pequeños, podrían delatarlo.

Una semana entera había durado la emocionante relación, que las tres familias reunidas escuchábamos de labios de la heroica esposa y madre. Con el alma en los ojos contaba las insoportables tribulaciones que les sobrevinieron sin tener otra ayuda que la del Sagrado Corazón de Jesús, a quien tía Pura confiaba sus penas y de quien recibió incontables auxilios en el momento preciso. Tan sorprendente y sobrecogedor era el relato, que no nos movíamos ni le perdíamos sílaba... Fue la primera vez que vi llorar a mi padre... ¡Cuánto quería él a su hermano! Todo el pueblo se conmovió y rivalizaba con nosotros en cariño y atenciones para quienes tanto habían sufrido. Ellos se reponían agradecidos del hambre, etc., etc. y pronto recobraron la alegría.

Así, como todos los años, comenzó tío Gerardo “*la yerba*” el primero en el pueblo, y nos llevó a todos montados en el carro a “*Las Regadas*”. Era una gozada: Agustín y Máximo estrenaban las vacaciones después de pasar sus encerronas en la “*Preceptoría de Lois*” estudiando latines, y actuaban de mayores junto con Juanito el de Valencia. Frisaban los 14 y 15 años. Les seguían Gloria y Conchita -también de Valencia- que aprendían a manejar el

rastro y la horca, guiadas por Benidle, y yo les iba a la zaga con mis nueve años. Jesús y Eulogio, con siete, eran unos “mozones” que se metían en todo y, por último, Angelita con sus cuatro abriles era la niña mimada.

Tío Gerardo dirigía con gran pericia las operaciones comenzando por lo más alto de la pradera. Allí mostraban su garbo los tres mozalbetes amontonando hierba, sobre la

32

que nos montábamos los pequeños, para que nos bajarán -a carrera tendida- unos setenta metros que tendrá... ¡Mucho más divertido que los toboganes actuales! A todo esto, Angelita se caía y echaba unas lagrimitas hasta que alguien iba a levantarla. Fueron tantas veces, que los de Valencia empezaron a cantarle:

Llorita manteles, tres cuartos me debes,
si no me los das, llorita manteles serás.

Con lo que más lloraba, y, encima, dijimos que sólo tenía muchos mimos, y nos negamos a levantarla:

— ¡Levántate tú sola, mimosa! ¡Más que mimosa!

Se dio cuenta tío Gerardo, que estaba al otro lado del prado, y le gritó:

— ¿Qué tiene mi reina?

— Que no peo levantame. -Dijo llorando-.

— No llores. Ven acá, y yo te levanto, mi niña.

Al momento se levantó y fue solita hasta nuestro cariñoso y genial tío, que le dijo:

— ¡Pero si ya estás levantada! ¡Eres una mozona que ya sabes levantarte!

Le dio unos besos, y ahí terminaron los llores de Angelita en medio de la algazara general.

Cuando a nuestro querido “Marqués de Las Pintas” -así era llamado con la mayor naturalidad- le parecía la hora exclamó:

— ¡A merendar todo el mundo!

En un abrir y cerrar de ojos, estábamos todos a su lado. Se dirigió hacia la sombra de las matas de roble más altas, se sentó y comenzó con gran solemnidad a repartirnos la rica merienda preparada con esmero por tía María: Junto a la tierna hogaza -amasada la víspera por ella misma- había, chorizo, jamón serrano, queso... El cariñoso padre comenzaba cortando el pan con su navaja a la medida de cada cual, y le ponía encima su buena tajada de queso, luego seguía repartiendo el jamón y el chorizo, pasaba también la bota de vino... que era una delicia, pero ponía cuidado para que nadie se excediese; agua, toda la que deseáramos, y quedábamos más contentos que unas pascuas.

Terminada la faena de “apañar la yerba”, se uncían las vacas, los mayores cargaban el carro, lo ataban con la gran sogá tirando fuerte, y nos subían a todos sobre la hierba. Tío iba delante con su ahijada, contento con la mucha yerba recolectada y orgulloso de su familia... Nosotros, triunfantes, comenzábamos a cantar aquel pupurri que nos divertía:

De los cordones que tú me dabas

ni eran de seda ni eran de lana.

Ni eran de lana ni eran de seda,

todos me dicen que no te quiera...

Eres buena moza, sí, cuando por la calle vas.

Eres buena moza, sí, pero no te casarás;

pero no te casarás, porque me lo han dicho a mí...

Levántate, morenita, levántate resalada,

Levántate, morenita, que ya llegó la mañana. Levántate...

Así íbamos enlazando los cantares hasta llegar frente al boquero para meter la hierba en la tenada, coronación de la gloriosa tarea.

Tía Ción la de Remolina

Me parece que la estoy viendo: menuda, ligera como el aire, arrugada cual raíz ... Era, en lo físico, una figura de la famosa Madre Teresa de Calcuta. Semejaba tener unos 70 años -de entonces, que ahora parecerían 80- y caminaba con mucha frecuencia los 20 kilómetros, ida y vuelta, entre Remolina y Crémenes. Una viejecita tan andariega, no creo que se repita.

¿Quién iba a imaginar en aquellos años que uno de sus nietos, Carlos Alvarado Largo, llegaría a ser General del Ejército español de Infantería?

Huelde y Las Salas pertenecían al Ayuntamiento de Salamón, Remolina, al de Crémenes y allí tenía ella sus quehaceres. Pero su parentesco por el lado de mi madre hacía que muchas veces entrara a visitarnos:

--- Aquí me tenéis. Fui a Crémenes y me vuelvo a Remolina. ¿Mandáis algo para allá?

--- ¡Qué bien nos viene, tía Ción! Llega a lo justo para llevar el correo. A usted se le puede confiar: Todos sabemos que lo reparte nada más llegar.

--- Faltaría más. Ya me dieron cartas para echar y fue lo primero que hice en Crémenes para que cogieran correo. Todavía fui por el camino real. Lo prefiero a la carretera... Mira, Donina, las camionetas que pasan, pocas son; pero no me gustan nada, me asustan. ¡El ruido que hacen!

--- ¿Cuántos días y cuántos años habrá recorrido usted ese camino? Cuando de pequeña estuve yo a la escuela en Remolina, ya se iba casi todas las semanas a Crémenes. Muchos encargos nos hizo.

--- Entonces estaba mejor el camino real que ahora. Como no habían hecho el puente de Las Salas, todos tenían que ir por él. Y, antes del puente, que ya es de principios de este siglo, vi yo, hacia 1875, a tus suegros ir construyendo esta casa. Desde el otro lado del río mirábamos sus avances. La llamábamos *"la casa nueva de Las Salas"*... ¡Quien me iba a decir a mí que vendría a vivir en ella una sobrina mía!

--- Pues claro, tía Ción, yo estaba todavía en la memoria del Padre celestial. Nací en 1901 ...

--- Mira, mi niña, tuviste mucha suerte al casarte con Santiago, porque siendo el menor de los hijos del tío Eugenio, fue quien se quedó a vivir con él en su casa y os quedasteis con ella... Que Gerardo se hizo otra mucho mejor. Son dos buenos hermanos. Lo repito, María y tú ¡vaya suerte que habéis tenido!

--- Sí, es verdad. Las dos queremos ya más a este pueblo que a los que nos vieron nacer. Aquí tenemos nuestros amores... y en Las Salas están naciendo nuestros hijos. Hay, gracias a Dios, mucha unión y cariño entre los vecinos. Pocas veces surgen desavenencias y pronto se arreglan con la buena voluntad que reina.

--- Donina, hija, que me voy. Ya me detuve demasiado.

--- Voy yo también hasta casa de María. ¡A ver!, ¡Mis niños aquí!!!

Vamos con tía Ción hasta "Allá Lante"...

Más contentos que unas pascuas, fuimos Eulogio y yo, bien agarrados de 7 la mano, delante de las dos mujeres. Encontraríamos a Jesús para jugar con él.

Los abuelos y don Juan

Las conversaciones entre los que iban y venían, nos visitaban o los visitábamos eran vivaces, cordiales, frecuentes, cargadas de amistad y confianza. De esa forma, hasta sin pretenderlo, los niños nos enterábamos de muchos sucesos anteriores. Así, desde pronto, fui conociendo historias bien interesantes para los que tenemos cariño a nuestro pueblo. Ahí van éstas:

Eugenio Tejerina Diez y Benita Escanciano Tejerina, mis abuelos, fueron vecinos muy estimados en Las salas. Él era descendiente de varias generaciones afincadas en el pueblo. Y, pasando con frecuencia la collada de Remolina, había encontrado en Prioro a la novia ideal... Con ella se casó. Era hija del difunto "Mayoral", que había dejado huérfanos a sus ocho hijos todavía pequeños... Otras tres hermanas de Benita, como ya dije, vinieron a vivir también a nuestro pueblo.

A los abuelos Eugenio y Benita, creo que bien los podemos considerar auténticos patriarcas, pues de sus diez hijos procedemos unos treientos actualmente. Y estamos diseminados por varias partes del mundo. Hasta en Nueva Zelanda tienen biznietos y tataranietos, que, naturalmente, son antípodas nuestros.

Aunque Cuba se hiciera independiente allá en 1898, no por ello dejaron de ir a probar fortuna "*en la tierra más hermosa que ojos humanos han visto*", según la exclamación de Cristóbal Colón, tres de los Tejerina Escanciano: Juan, Julián y Cayetano.

Y lo hicieron también otros de Las Salas, como Bonifacio y Basíldes, hijos de tío Bernardo, del que ya hablé.

A Cuba marcharon dos hijos de Tío Pedro, el padre de Josefa y abuelo Clari, M^a del Carmen, José, Manolita, etc. Los cubanos fueron Prudencio y Rogelio. Éste volvió pronto, pues le sonrió la suerte, tiró de él su tierra y apareció trayendo suficiente plata para hacerle a sus padres la casa que más me gustaba a mí de Las salas, la que había en la Bolera, con hermoso corredor que ofrecía un soportal muy agradable para ver las partidas de bolos. Estaba entre la iglesia y la escuela. Regresó Rogelio a "La Perla de las Antillas", y, al volver definitivamente con bastante dinero, se construyó otra casa pegada a la de tío Sabiniano, donde vivió con su mujer Susana y su numerosa familia, hasta que, a la muerte de tío Pedro, se fueron a la de la Bolera, pasando la de Allá Lante a su hermana Josefa, donde vive ahora Manolita.

8
estaba más arriba de Las
contorno.

Rogelio, además, instaló la "Fábrica de la luz", que
Conjas, y alumbró tantos años a los pueblos del

Juan Tejerina Escanciano, también regresó hecho un "señorito", así llamaban a los bien trajeados, que se distinguían notablemente de los demás. Aquí sobre mi mesa, tengo una hermosa foto suya, en un medallón de 3,50 centímetros de diámetro: Guapo joven de unos veinte años, pelo negro muy bien peinado con raya al lado, bellos ojos de mirada profunda, boca cerrada y mentón algo prominente que le dan un aire de serena firmeza, camisa blanca de cuello impecable y corbata con nudo de pajarita, traje negro muy elegante, atractivo varonil capaz de llevarse de calle a las mozas más guapas e imponer respeto a los mozos.

Pero después de las emociones del regreso y grandes alegrías del encuentro, se levantó una sombra de triste zozobra en el hogar de Benita y Eugenio. Fue la madre solícita, quien primero se atrevió a interpelar a su hijo:

--- Pero, Juan, ¿cómo has cambiado tanto? No pareces el mismo de antes.

--- Claro que no, madre, he visto mucho mundo más rico y próspero que nuestra pobre tierra. ¡Cuánto trabajé para ganar algún dinero y modernizarme!
Mi familia será la primera en disfrutar de lo alcanzado.

--- Hijo mío, para nada sirven las riquezas de aquí abajo si perdemos las eternas. Han pasado ya dos semanas y tú no fuiste a misa los domingos ni veo que reces como te enseñamos, y con tanto gusto hacías... ¿Por qué no hablas con el Señor, nuestro Dios, que nos creó y dio cuanto somos y tenemos?

¿Qué pensaría yo de ti, si desde que llegaste no me hubieras hablado? Juan, piensa que lo que estás haciendo es muy grave: Faltas al primer mandamiento, que es amar a Dios sobre todas las cosas, y al tercero: Santificar las fiestas...

--- Madre, no sufra por mí. Ya soy mayor y sé lo que hago. No se me enfade. Le digo la verdad: He descubierto que todo esto de la Religión es una patraña inventada por los hombres, cuando no tenían suficiente ciencia para explicarse las maravillas del Universo. Ahora ...

Así hablaban al llegar la hija mayor, Ángela, que se puso con su madre a dar razones de la existencia de Dios, sin que Juan pudiera convencerse. Con una pena inmensa las dos mujeres comprendieron que su queridísimo Juan había perdido la fe. Terminaron haciéndole con mucho cariño una súplica:

--- Mira, si tú ya no crees en Dios, nosotras estamos seguras en la fe, que es un valiosísimo don suyo. Nosotras sí existimos y te queremos. Pues fíate de tu madre y de tu hermana. Pediremos muchísimo a Dios y a la Virgen que recuperes la Fe. La habías recibido en el Bautismo. Sólo te pedimos algo bien fácil: Que digas cada vez que te acuerdes: "SEÑOR, SI EXISTES, HAZ QUE YO CREA".

Abuela Benita y tía Ángela suplicaban entre muchas lágrimas que su queridísimo Juan recuperase la fe perdida. Las secundaba la familia entera.

Don Juan, don Juan, yo lo imploro...

Pensando en lo que falta del relato, pongo ahora este título, porque de seguro que en los comienzos del año 1905, ninguno de los Tejerina Escanciano se pudo imaginar que tantas súplicas acabarían por convertir a Juan en un verdadero **don Juan**, aunque muy superior al Tenorio de Zorrilla; tanto, cuanto muy por encima de los ruegos de doña Inés, iban las oraciones y buenos deseos que sin cesar elevaba al cielo, llena de confianza, aquella familia.

La madre cristiana, preocupada por la pérdida de lo que más entrañablemente había transmitido a su hijo, derramaba abundantes lágrimas al rezar, y también los ojos de Ángela se habían enrojecido. Era en verdad hondísima la pena, y ambas mujeres no podían disimularla.

Juan lo observaba, y su respetuoso silencio comenzó a impresionarle... Le gustaba subir por los montes admirando sus bellezas y se le venía, cada vez con mayor frecuencia, a la memoria la única petición que le hicieron su madre y su hermana:

“Señor, si existes, haz que yo crea.”

Lo repetía en su mente y hasta llegó a pronunciarlo con sus labios... Comenzó a interrogarse:

¿Cómo puede ser que la naturaleza, por sí misma, produzca esta admirable y hermosísima variedad de seres vivos, diferentes unos de otros sin que haya ni dos hierbas ni dos hojas iguales? Si es ella quien los originó, es mucho más sabia que nosotros los hombres...

Sin embargo, veo claro que esta tierra que piso no tiene conocimiento... Y es también evidente que el agua, que la riega y hace fértil, no puede saber ni entender cómo surge un ser vivo... ¡Cuánto más ser ella su creador!

Ni los minerales, ni las plantas, ni los animales son capaces de inventar nada. Sólo tenemos inteligencia los seres humanos... Pero ¿pudo ninguno de nosotros crear el universo? ¡Es imposible!

¿Se haría él solo? También es imposible. Eso es claro... ¿Por qué se empeñan ahora en atribuir a la naturaleza facultades que no puede tener? Si hubo una evolución, como he leído, esa evolución tuvo que realizarse por mecanismos misteriosos que alguien puso en la materia, porque la materia no entiende...

Estas y otras ideas que le surgían, le adentraban en un mar de confusión, donde se debatía como un naufrago, sin encontrar salida que le agradara... La recomendación maternal le acompañaba, y se agarraba a ella repitiéndola, hasta como inconscientemente, pero sin lograr ver en la negra noche que parecía engullirle... *“¡Señor, Señor, si existes, haz que yo crea!”*, llegaba a repetir con cierta angustia.

Comenzó a dar paseos por los alrededores del pueblo después de cenar, admirando la limpidez del cielo y el brillo especial de las estrellas de viva luz centelleante, que en Las Salas son sencillamente espléndidas.

En una fascinante noche estrellada, Juan contemplaba con admiración que los luceros parecían hacerle guiños, querer hablarle y como decirle, sin ruido de palabras, en lo más profundo de su alma:

“Juan, te alumbramos, porque estamos ardiendo. Alguien nos prendió este fuego, y nos puso en el cielo... El mismo que hizo todo cuanto existe.”

Asombrado, experimentó que en su mente se encendía una vivísima luz.... Una luz que nunca había percibido ni podría describir, y le hacía ver con toda claridad, que Dios mismo le estaba mirando y le estaba comunicando aquella luz llena de un amor inefable, que le colmaba de gozo y desvanecía todas sus dudas.... **¡Había recobrado LA FE!**

Se acostó muy tarde, pero al día siguiente madrugó. En la cocina, abuela Benita con la ayuda de tía Ángela preparaba afanada el desayuno.

10

— ¡Buenos días nos dé Dios! ¡Madre!, ¡Ángela!, ¡ahora sí que lo digo de verdad!
¡Anoche, a la luz de las bellísimas estrellas, recibí una luz más clara que la del sol!
¡La luz de Dios que me quitó mi ceguera! ¡Ya veo! ¡Ya creo! ¡Gracias! ¡Gracias!
Madre y hermana queridísimas, nunca podré pagar lo que han hecho por mí.

— ¡Hijo mío!

— ¡Juan, me haces feliz!

Y se fundieron los tres en un largo abrazo y se regaron con lágrimas de gozo.

Aquel desayuno fue de gran fiesta para la familia. Abuelo Eugenio rebosaba de alegría, los hermanos miraban a Juan con satisfacción y orgullo fraternal.

Y él, con toda sencillez, convencido de que era lo único lógico que podía hacer manifestó:

— He recibido una gracia de Dios tan inmensa, que no podré agradecerla más que consagrándome a Él por entero. Estoy decidido a estudiar para ser sacerdote.

— ¿Pero lo has pensado bien? Mejor será que esperes algún tiempo a ver si te perduran estos deseos, que me parecen muy buenos, y, por eso mismo, exigen prudencia. -Le arguyó su padre con cariño-

— Sí, padre, acepto que debo tener prudencia; pero eso no impide que vaya cuanto antes al seminario. Allí tendré profesores muy doctos que me ayudarán a estar seguro de que es el Señor quien me llama a seguirle como discípulo suyo. Si es así, le seguiré muy contento.

— Y todos nos sentiremos dichosos contigo. Será la mejor bendición para tu familia.
-Concluyó convencido el sincero cristiano Eugenio dando testimonio de fe a sus hijos.

Abuela Benita tenía los ojos arrasados en lágrimas de alegría y gratitud, que no podían expresar de modo más auténtico la emoción de su alma. Y tía Ángela exclamó:

— ¡Juan!, ¡ con cuánto gusto seré tu ama de cura! ¡Estamos los dos de enhorabuena!

* * *

Cuando, en septiembre de 1995, fui a pasar diez días de vacaciones con mi hermana Benita a Taunton (Inglaterra), ella me mostró documentos, cartas y fotografías de la familia. Tomé allí los siguientes datos:

***“Nació don Juan Tejerina Escanciano el 30 de marzo de 1885 en Las Salas (León)
Comenzó los estudios de la “Carrera sacerdotal Breve en 1905.
Celebró su Primera Misa el 29 de diciembre de 1910 en Las Salas (León).”***

***“Falleció Benita Escanciano Tejerina el 30 de abril de 1916, a las 9 horas y con 65 años de edad, en Las Salas.
Deja siete hijos: Ángela, Carlos, Julián, Cayetano, Doroteo, Gerardo y Santiago.
Dio parte ante el Juez Eugenio Tejerina Díez, casado, labrador, domiciliado en Las Salas, Calle de la Carretera, N° 6.”***

O sea, que tío Juan murió antes de abuela Benita...Se deduce el inmenso dolor de tal madre que no pudo soportar la separación del que le fue doblemente hijo: Le había dado a luz en el orden de la naturaleza y le volvió a comunicar su vida alcanzándole la gracia de Dios –vida sobrenatural- con sus lágrimas y oraciones...¡Qué recibimiento le haría el fervoroso sacerdote, que fue don Juan, a su llegada al cielo! ¡Oh el feliz encuentro entre almas llenas de amor!

Testimonio de don Inocencio Rodríguez, Obispo de Cuenca y que le conoció bien: *“Don Juan Tejerina Escanciano murió en olor de santidad.”*

15

Los maestros, nuestros aprendizajes y juegos

Las Salas tenía tan buena fama, que atraía a los buenos maestros. Uno de los más estimados fue don José Miguel Alcorta. La generación anterior a la mía: Pilar y Ángel Tejerina Diez, Manuela Escanciano, Benito y Ofelia Fernández Alonso, Isida y Paciano Fernández Tejerina, Marcelo Fernández Álvarez, Benita y Eugenio Tejerina Canal, Elvira y Priscila González Largo, Pedro Alvarado, Matilde y Pedrito Fernández López, Evelio y Ricardo Fernández... todos aquellos que con él aprendieron, siempre estaban añorando a su querido don José.

El ya mencionado don Rafael, fue muy respetado y buen pedagogo; pero al irse con su mujer en las vacaciones de 1936 para Andalucía, y estallar en julio la Guerra Civil, ya no pudo volver. No volvimos a verlos más dando sus elegantes paseos hacia las afueras del pueblo.

Para el curso 1936 – 1937 vino otro de los mejores, que se conquistó el cariño de sus alumnos: don Jesús Martínez. Recuerdo muy bien el silencio que reinaba cuando explicaba las lecciones. A mis seis años, gozaba escuchándole. Estaba hospedado en casa de tío Melchor, la de Manuela y Pepín ahora. ¡Lástima que sólo nos duró un curso!: Como la Guerra no terminaba, lo llamaron a filas.

Siguió nuestra buena suerte con la llegada para reemplazarle de la única maestra que tuve: doña Enriqueta. ¡Qué buena era! En varios sentidos, logró superar a sus antecesoras: Ella nos enseñaba a recitar. Las poesías a la Virgen en el mes de mayo salían mejor que nunca y, además, nos escogía sencillas obras de teatro, que representábamos al pueblo entero, con gran regocijo de toda la gente, generosa en aplausos, y no digamos de los pequeños artistas. Crecía y crecía nuestra personalidad...¡Con qué gusto nos quedábamos a ensayar cuando terminaban las clases! Aquello nos gustaba más aún que jugar, y ¡cuidado que éramos juguetones!

Viven unos cuantos de mi edad con buena memoria, y estoy segura de que todavía recuerdan la graciosa primera comedieta. Se titulaba: “Las partes de la oración gramatical”. Gracia era el verbo, y los demás, -que hacíamos del nombre, pronombre, artículo, adverbio, preposición, conjunción e interjección- organizamos una tremenda rebelión contra él.... “Todos contentos y bien avenidos sin la tiranía del verbo” – proclamábamos triunfantes- Pero, claro, sin el verbo, no decían casi nada las frases, y... tuvimos humildemente, que reconocer su importancia, aceptarle y colaborar con él en paz. Un sabio modo de aprender a respetar la diversidad de funciones: que nos enriquece, y sólo a los envidiosos causa tristeza.

Todavía nos superamos, y pusimos mayor entusiasmo, acrecentado por la intensa vivencia patriótica de nuestros soldados, representando a España con todas sus regiones. Cada cual pintó su escudo correspondiente en grandes pliegos, que pusimos sobre cartón, y luego nos hicieron estandartes para portarlos en alto. Nos vistieron lo mejor que pudieron ... y fue la representación más importante; aplaudida nada menos que por los pueblos del Ayuntamiento de Salamón devotos de nuestra Virgen de Roblo.

Inolvidable fiesta aquella para dar gracias a Dios por el término feliz de la contienda. No habíamos visto nunca cosa semejante: Solemnísima misa con tres sacerdotes, como el día de

Roblo, pero con el orador sagrado de más fama en la Montaña de Riaño: don Inocencio Rodríguez. No mucho después, fue consagrado Obispo de Cuenca. ¡Cuántas alabanzas y comentarios elogiosos dieron a su sermón verdaderamente de campanillas!

Las familias habían llevado sus comidas y nos aplicamos a disfrutar de ellas entre brindis, coplas, cantos ... todo era alegría jubilosa desbordante. Se compartían los mejores postres, las bebidas, etc., etc. Cada cual quería convidar con lo mejor que tenía.

En tan espléndido ambiente, ofrecimos los chicos de Las Salas nuestro cuidadosamente preparado homenaje a España y sus regiones. Tanto y tan bien lo habíamos ensayado

16

que nos sabíamos los papeles de todos los demás: Gracia era España; Benilde, León; una servidora, Castilla; Dacio, Cataluña; Gilda, Andalucía; Jesús, Aragón; Doro, Asturias; Luis, Extremadura; Eulogio, las Provincias Vascongadas (así se decía); Milagros, Galicia; Melchor, quizá Castilla la Nueva... De seguro que alguno dejó o me equivoco. No recuerdo ahora quienes hacían de Navarra, Baleares y Valencia; pero... ¿quién de las Islas Canarias? ¡Ah!, sí, lo recitaba muy bien Imelda. Era de los más bonitos:

“Arrulladas por los mares,
radiantes de un bello sol,
desde nuestro Teide altivo,
al compás de la canción de las olas,
cantamos las barcarolas,
y , en ellas, himnos de amor.
Somos tus niñas, España,
tu inspiración nos formó,
tu fe es la nuestra,
tu arrojo es el canario valor.....”

España llamaba y presentaba a cada una de sus regiones, que respondían con amor. Una verdadera epopeya, no sé de qué autor, que encendía en fervor patriótico. No exagero ni lo más mínimo, antes, me quedo corta:

Podéis fijaros en los versos que, por entonces, escribía nuestro querido Fidel González Largo, que con Pepe -José Tejerina Diez- y Siquio -Eusiquio Largo Rodríguez, hijo de la señora María y sobrino de don Miguel- había alcanzado el grado militar de alférez. Daniel Tejerina García llegó a teniente y pronto ascendió a capitán. Ellos, y todos los demás mozos, eran recibidos y admirados como héroes de la Patria y lo fueron. En aquel día, llegó Jandro, de quien no se sabía, y el alborozo alcanzó las más altas cumbres. Entre él, tío Sabiniano (tuvo cinco hijos en la Guerra y todos se salvaron) y tío Gerardo (su altísimo hijo Pepe de 1,90 m. sano y salvo) nos divertieron como nunca volví a ver. La alegría les salía por todos los poros del cuerpo y del alma. No era para menos. Bastantes penas, angustias y zozobras habían soportado con entereza y gallardía durante tres años. Las personas bien equilibradas saben vivir lo que trae la vida con sencillez y naturalidad.

Mucho más podría contar, pero no quiero alargarme y termino este capítulo comentando nuestros juegos. Sigo convencida, después de tanto ver y dar vueltas por este mundo, que el correr, saltar y moverse con libertad al aire libre en la pura naturaleza como Dios la creó, es de lo más beneficioso que pueden tener niños, jóvenes y adultos... En Las Salas nadie nos lo estorbaba y lo disfrutábamos a sabor.

El pueblo entero y sus alrededores eran nuestro patio de recreo. Cuando, en dos bandos, jugábamos a : “¡Tres navíos en el mar!”, esto era gritado a lo mejor desde detrás de casa de tío Melchor -Panza-, y el bando que había quedado en “la maya” de La Bolera, contestaba a grito “pelao”: “¡Otros tres en busca van!. Se atisbaba por donde venían, y se buscaba un

15

camino para llegar a la “maya” sin ser vistos, antes que gritaran: ¡Tierra descubierta!!! La carrera que se entablaba en esos instantes era veloz... Y, cosa que aprendí a observar desde entonces: Los que destacaban menos en los estudios, solían ser mucho más ágiles corriendo... Todos tenemos buenas cualidades para sobresalir en algo: el apreciarlas, es de avisados padres y educadores, que saben estimular a sus hijos.

Sabíamos muchos juegos: el castro, el escondite, saltar a la comba, innumerables corros...

2.- ¿Y el matriarcado?

25

Democracia patriarcal lleva por título este capítulo y quedó justificado con lo expuesto sobre el gobierno del pueblo bajo el mando del alcalde y los vecinos.

Esto no echa por tierra mi repetida afirmación del reinante matriarcado que observé siempre en Las Salas. Para explicarlo mejor, recorro a un chiste de aquellos años, que contó con mucha gracia y ante la gente reunida en la Casa del Pueblo –no recuerdo por qué era Blanca Tejerina Diez, que sabía divertirnos mucho:

Un Lord inglés dejó en su testamento, que a su señorío entero dieran de sus bienes un caballo en todas las casas donde mandara el marido o una vaca en las que mandara la mujer.

Cuando abrieron el testamento, inmediatamente los albaceas tomaron una manada de caballos y otra de vacas para cumplir la última voluntad del fallecido Lord. Llamaban en cada puerta y preguntaban:

— ¿Quién manda aquí?

Generalmente contestaban que el hombre, pero enseguida resultaba claro que mandaba la mujer, y a los dos días ya se terminaban las vacas, mientras no habían podido dejar ni un solo caballo. Llegan por fin a una casa en que al llamar sale un hombrachón.

— ¿Quién manda aquí?

— Quien va a mandar... ¡Aquí mando yo! –Contestó con un vozarrón imponente-

— Sí, está patente que aquí manda el marido. –Dijo un albacea-. Y añadió el otro:

— Pues ahí tiene los caballos. Escoja el que más le guste.

— ¡Ese negro!

— Muy bien. Se lo...

No había terminado el albacea mayor de hacer la entrega, cuando sale una mujercita muy menuda y poquita cosa, se acerca al hombrachón y le dice con dulzura:

— Pero ¿no ves que aquel blanco es mucho mejor y más bonito?

— ¡Oiga, Oiga! No me dé el negro. ¡Quiero el blanco! –Rectificó el amo-

— ¡Ni blanco, ni negro! ¡Vaca como a todos! –Dijeron a la vez los albaceas-

Ese cuento mostraba la realidad en Las Salas sobre quien gobernaba cada casa:

Ostensiblemente los hombres representaban la máxima autoridad en la familia y el pueblo. Señalé ya su puesto preferente a la cabecera del escaño, añado que sus órdenes eran Tajantes, así por ejemplo, en mi casa mi madre nos mandaba una y otra vez:

— Bueno, que ya es hora de dormir. ¡Iros a la cama!

— Espere un poquitín, que terminemos este juego.

Al poco, volvía con su paciente orden:

— Ya jugasteis todo el día. Por la noche, ¡a dormir!

— ¡Sólo dos minutos más!

Entonces intervenía mi padre:

— ¡A la cama!

Inmediatamente nos acercábamos uno tras otro a besarles a los dos las manos, diciendo:

— ¡Hasta mañana, si Dios quiere ¡Que descansen! -Y desfilábamos escaleras arriba mientras mi madre nos hacía las últimas recomendaciones:

— Santiguaros y rezar bien: “Jesús, José y María...”.

Aquella máxima autoridad del padre estaba siempre respaldando y ayudando la más suave y continua de la madre, que había de aguantar la dirección del hogar. Todos sabíamos que se hacía siempre lo que deseaban las mujeres, salvo raras excepciones.

No tengo noticia de ningún caso de violencia de género. Aquellos hombres, fuertes y sanos en cuerpo y alma, miraban a sus mujeres como caballeros a sus damas: con fidelidad

26

enamorada; las estimaban y las trataban como reinas de su hogar. Ellas eran las verdaderas amas de casa, rango muy honroso que llenaba sus aspiraciones. Muy nobles, por cierto: su felicidad consistía en hacer felices a los suyos, y, para ello, se sacrificaban con el mayor agrado, con naturalidad completa, sin darle importancia, sin que nadie tuviera que pedirselo. Muchas veces he recordado aquella vida laboriosa, iluminada por amores auténticos, de nuestras madres de Las Salas, y espero verlas, cuando llegue al cielo, muy cerca de la Madre de Dios, a quien tan bien supieron imitar. No penséis que exagero. Al tiempo, todo llegará, y se aclararán ante nuestros ojos asombrados muchos misterios de este mundo.

Aporto como una prueba de la gran consideración que rodeaba a nuestras venerables antepasadas esta anécdota:

En el año 1970, al regresar de Colombia después de veinte años sin haber vuelto a Las Salas, no os podéis imaginar mis emociones. De ellas sólo se da idea quien ha pasado por esos trances. Me detuve unos quince días en Madrid antes de alcanzar la meta anhelada. Allí me colmaron de atenciones mis queridísimos primos Tejerina Diez. Un día me llamó Pepe:

— Oye, Mary Luz, mañana voy a ver a Mariano, que está en un sanatorio cercano a El Escorial, porque no puedo presentarme ante tía Rosario en Las Salas sin haber estado con su Mariano. ¿Quieres venir conmigo, y después te llevo también a que veas El Escorial?

— Las dos cosas me encantan. Más de veinte años hace que no veo a Mariano y nunca estuve en El Escorial. Pepe, ¡cuánto te lo agradezco!

Disfruté lo increíble en aquella excursión con el docto y simpático profesor, que era entonces mi amable conductor. Las dos visitas me resultaron inolvidables y, cuando días después, llegué antes que él a nuestro pueblo, acabé de vislumbrar la importancia del gesto para con el primo enfermo:

Entre los efusivos saludos y fortísimos besos, humedecidos con lágrimas de emoción, que me dio su madre, le dije:

— ¿Sabe, tía Rosario, que Pepe me llevó a ver a Mariano?

— ¡Claro, niña! ¿Qué menos tenía que hacer? ¡No faltaba más! Pepe sabe muy bien que si no va a ver a mi Mariano, yo me llevo un disgusto, y que llevándote a ti me alegra. A Pepe lo vi yo nacer y me quiere. Cuéntame, cuéntame cómo encontraste a Mariano.

Se palpaba el cariño entrañable que nos tenían aquellas madres santas, y nuestra correspondencia para con ellas. “Siembra amor, y cosecharás amor”, escribió San Juan de la Cruz. Ellas lo sembraban a manos llenas y lo cosecharon en abundancia. Y no perdamos de vista que el amor es el sumo bien, el que nos hace felices. ¿Hay alegría más pura que la de dar amor y felicidad? No la hay. El amor verdadero es eterno. Ni siquiera la muerte puede destruirlo. Se identifica con el mismo Dios: “Dios es Amor”, proclama la Biblia, por eso el amor verdadero —nunca el falso— difunde felicidad. Y es que Dios-Amor nos creó para amar y ser felices. ¡Qué bien nos enseñaban con su ejemplo nuestras madres esa fundamental ciencia del espíritu! ¡Benditas sean!

Viernes Santo

29

El Viernes Santo estaba transido de misterio y de una gran solidaridad para con nuestro Señor Jesucristo. Aprendimos desde bien pequeños a contemplarle en el insondable abismo de “su amor hasta el extremo de dar la vida para salvarnos del pecado”.

“El Viernes Santo ayunan hasta los pajaritos”, oíamos repetir año tras año. Y las cantoras entonaban aquellos sentidos versos:

Viernes Santo, ¡qué dolor!,
expiró crucificado
Jesús, nuestro Salvador.
Mas antes dijo angustiado
siete palabras de amor:

Y continuaban con las siete palabras de Jesús desde el suplicio de la cruz capaces de conmover hasta los corazones más empedernidos.

Lo más sensacional eran “Las tinieblas”, que congregaban al pueblo entero a eso del anochecer. Eran el “Oficio divino”, que diariamente rezamos los sacerdotes y religiosos, -entonces en latín-. Lo cantaban esa tarde, acompañando a don Miguel, los que sabían latín: Toribio y Benedicto, Agustín y Máximo cuando eran seminaristas, además del imponente coro de mozos y hombres, que desde atrás, alternaban con ellos -puestos delante del altar- en el solemnísimo “Miserere”. Entonces, se apagaban todas las luces y los chicos irrumpían con sus carracas haciendo un ruido ensordecedor, que nos sobrecogía. Se destacaba el “carracón”, que hacían girar los dos chicos mayores de la escuela -a los 14 años-, algo así como si fuera el “botafumeiro” de Santiago de Compostela. Por cierto, me gustaría volver a ver aquellos instrumentos que nuestros padres hacían a sus hijos y estos tocaban con tantísima ilusión: las zambombas por Navidad, las carracas y matracas por Semana Santa.

3.- Las Pascuas

Eran muy alegres, verdaderamente primaverales y la naturaleza reflejaba la Resurrección gloriosa de nuestro Señor Jesucristo después del crudo invierno de su Pasión y Muerte, tan dolorosas y afrentosas, que habíamos meditado hondamente.

Volvía un tiempo de distensión en vez de la penitencia, tan practicada entonces por los más devotamente observando las leyes de ayuno y abstinencia de la Iglesia. Por lo general, la gente había adelgazado... y ahora, se solazaba.

La “Misa solfeada” solemnísima, que no sabían cantar los hombres si no la entonaba tío Romualdo, y nos ponía “la carne de gallina” en los “Incarnatus” de tío Melchor, por el lado espiritual, con la que agradecíamos el amor inmenso de Dios. Y por el corporal, el rico chocolate del desayuno, con las especiales cosas buenas que se añadían en las comidas, los divertidos juegos que comenzábamos con apasionamiento...

Los mozos y hombres sacaban “la nita”, con sus pesados “tejos”, y ocupaban la carretera desde la esquina del Pórtico -donde solía contemplar a su gente el señor cura- hasta el comienzo la vereda que sube por detrás de la Casa del Pueblo. No había problema de coches: sólo pasaba el autobús de línea Riaño - León a las 12 y a las 3 de la tarde. Tanto se divertían que nos poníamos a admirar su buena puntería.

Pero, naturalmente, poco parábamos mirando, preferíamos entregarnos a nuestros propios juegos: “chicas con chicas” y “chicos con chicos”, ocupábamos el casco de Las Salas por

entero. La comba, el manro, la queda, los corros, el castro, el escondite, las cuatro esquinas... ¡Cuánto nos divertíamos saltando y corriendo a más no poder!

Las madres tenían su gozo en vernos gozar a todos, porque vivían para su familia y se daban a sí mismas por ella. Bien dijo Cristo: “Hay más gozo en dar que en recibir”.

30

4.- El mes de mayo

Para mí era el más bello del año por muchas razones. Digo sólo algunas según me vengan a la mente:

Por El Jaido, antes pardusco, se extendía, primero débilmente, un verde tierno maravilloso que pronto alcanzaba una preciosa gama de verdes con el brotar de miríadas de hojas, que nos daban un ambiente festivo desde los incontables centenares de hayas. El contraste del verde con los claros matices de sus alegres rocas, era de ensueño. Nos convertían en incipientes poetas, gustando aquellas bellezas sin acertar a cantarlas.

Las praderas se cubrían de flores. Sobre su verde oscuro, las blancas margaritas, las motas rosadas y las escobas cuajadas de “zapatilas amarillas”, eran el gran atractivo para irnos al salir de la escuela, mientras dábamos buena cuenta de la merienda, a recoger un bonito ramo para ofrecérselo candorosamente a la Virgen.

Aquel era un verdadero “silencio sonoro”: Cantaban suave las hierbas dejándose pisar, se oía el murmullo de las fuentes de Valdelasna y el susurrar del reguero, el balanceo de las ramas arrulladas por el airecillo fresco enviado por el Esla, los altos chopos musitaban finas coplas de amor a las salgueras rendidas a sus pies, pajarillos que daban sus primeros vuelos imitaban los tiernos gorjeos de sus padres... Sonidos deliciosos los que nos brindaba aquella naturaleza que despertaba jubilosa y descansada por haber dormido el largo invierno.

Y es que el mes de mayo se lo dedicábamos por entero a la Madre de las madres, a la que nos mira desde el cielo. Las mozas se esmeraban en levantarle en la Iglesia el pabellón, algo que a los niños nos resultaba grandioso: Ocupaba el retablo entero comenzando desde el techo con una corona, que hacía de dosel a la Inmaculada –a quien San Martín dejaba su puesto de honor como titular de nuestra parroquia- todo el fondo blanco y el doel azul celeste con fleco dorado que caía hasta el suelo. Adornaban las velas en sus candelabros y las flores.

Nunca solíamos faltar los niños al “Mes de mayo” comenzado con el tradicional canto:

Venid y vamos todos
con flores a porfía,
con flores a María,
que Madre nuestra es.
Con flores a María ,
que Madre nuestra es.

En esos momentos las niñas ofrecíamos a la Virgen nuestras flores recién recogidas depositándolas al pie del altar. No se me olvidan los piropos de mi padre:

— ¡Vaya ramo guapo que llevaste hoy a la Virgen! Le gustaría mucho.
Ni cuando mi madre me trajo de Vegacerneja precisísimos “capilotos” (narcisos).

Los domingos y fiestas, le recitábamos versos ante todo el pueblo, que esos días iba entero a “las flores”. Nos los daba y ensayaba muy bien doña Enriqueta.

Son algunos detalles de cómo se cimentaba nuestro gran amor a la Madre de Dios y nuestra. Además de nuestros padres, nos lo inculcaron mucho don Miguel y doña Enriqueta, -única maestra para chicas y chicos- los tres cursos de 1936 al 39. Tenía preparados en una bolsita distintos obsequios para honrar a María en su mes y, los que lo deseábamos, sacábamos el que nos caía en suerte para cumplirlo durante el día. Eso forja.

